

Una palabra que sana

Luis Armando Aguilar Sahagún

Una larga tradición

Hacer de la palabra una praxis de sanación es una práctica conocida desde la antigüedad. Es digno de mención el trabajo del médico, historiador, ensayista y filósofo español Pedro Laín Entralgo al resaltar la tendencia de esta modalidad de atender a la enfermedad en nuestros días (*La curación por la palabra en la antigüedad clásica*, Anthopos, 2005 2ª). Dicha práctica es conocida en toda las culturas. Prácticamente en todas hay personas “especializadas” en esa modalidad de curación, ya bajo la figura del sacerdote que, al escuchar y dar consejo, puede incluso ofrecer la salud del alma por el perdón de los pecados, ya sea que se busque a hombres y mujeres sabios, cuyo consejo siempre es luz en el camino, ya sea, en fin, en las formas “profesionalizadas” de ofrecer la salud del alma como lo son las prácticas terapéuticas y médicas.

El Siglo XX presenció una explosión de esta profesión, en donde la demanda, condicionada sin duda por los graves problemas a que se ha visto expuesto el hombre, aumentó de forma al menos proporcional a la oferta de terapias más o menos reconocidas o legitimadas por su seriedad profesional. En este último caso hay también variantes importantes, en relación con la “orientación” de la escuela, del “padre fundador” –por ejemplo, Freud, Jung, Frankl- y de las variantes que sus discípulos y seguidores van adoptando. No resulta exagerada la idea de que “el psicoanalista es el sacerdote del Siglo XX”. Entre los graves problemas que el hombre busca solucionar mediante una terapia, la culpa tiene sin duda un lugar central.

En la historia de la filosofía se encuentran casos notables de praxis sanadora. No sólo en el caso de filósofos destacados por el carácter dialógico de sus vidas –como pudiera ser, paradigmáticamente, el caso de Sócrates o de Platón-, sino también por el hecho de que la filosofía se ha presentado en la historia del pensamiento con una notable función crítica respecto de creencias y tradiciones, y a su vez ha planteado preguntas que han abierto caminos de indagación que merecen el calificativo de liberadores: de prejuicios, de ideologías, de falsas imágenes de la realidad, del hombre, etc.

El “pensamiento dialógico”

En la primera mitad del Siglo XX surgió lo que se conoce como “pensamiento dialógico”, entre cuyos insignes representantes se encuentran pensadores cristianos (Ferdinand Ebner, Karl Löwith) y judíos (Franz Rosenzweig y Martin Buber). Martin Buber (1878-1965) es sin duda el más conocido en el mundo de habla hispana. La página oficial dedicada a su pensamiento lo presenta como “un escritor, pensador (teológico y filosófico), traductor, educador, pensador político, activista – y en todo, judío.”

Buber no es un autor que hay que “estudiar”. Para ser fiel a su intención, es necesario *dejarse tocar por su interpelación*. Él mismo decía: “Apelo a la vida posible y real de mi lector. La intención de mis escritos es verdaderamente completa e íntimamente dialógica.” En lo nuclear Buber fue un pensador religioso. Concibió la religión como un adentrarse en la realidad; él quería una religión en la que el único Dios puede dirigirse a otros y al que otros pueden dirigirse. Una religión en la

que queda excluido un hablar sobre Dios. En ello radicaba la preocupación que penetra su enorme obra escrita y su actividad política. El centro no son las teorías sobre el hombre, el mundo y Dios, sino la relación con el Tú viviente, en la que nos ponemos en cada relación.

Si bien es cierto que Buber suele aparecer como “filósofo”, él mismo habría rechazado ser tenido como tal. El autor de *Yo y Tú* (1923 1ª) pretendía mostrar una dimensión de la existencia humana que está más allá del mero pensamiento y de lo que la filosofía expresa. En su concepción la filosofía busca el conocimiento que necesariamente se establece partiendo de la relación sujeto-objeto. El filósofo, dice Buber, ha de comenzar su trabajo abstrayendo su propia situación concreta. Lo que pretendía mostrar está más allá del mero pensamiento, de lo que el lenguaje filosófico puede expresar.

Buber se refiere a la filosofía en estos términos: “La filosofía es la aplicación de ese modo de comportamiento sujeto-objeto al conjunto total del ser. Se basa en la fe en la omnipotencia del pensamiento, totaliza lo parcial, la función parcial del pensamiento”. A propósito de los grandes sistemas de pensamiento dice Buber en esa misma charla: “Los grandes sistemas de pensamiento son ficticios: son comunicados de relaciones *reales* de pensamiento con el ser. Pero sólo son posibles por la creación de la relación sujeto-objeto, es decir, por el paso a la obligación mortal de conocimiento”.

Resulta iluminador que Buber presente el “acto filosófico de conocimiento” en contraste con el sentido bíblico de conocer. Como cuando en la Biblia se afirma: “Adán conoció a Eva”. Filosofar es una actividad que prescinde de las relaciones vivas, concretas. “En un gran acto de filosofar, hasta las yemas de los dedos piensan, mas ya no sienten”. El hombre se sitúa como sujeto frente a un objeto, pero no está en auténtica relación con...

En el encuentro, en cambio, lo decisivo es la realidad a la que me dirijo y puedo nombrar como Tú. “Aquí, -dice Buber-, se hace referencia a la relación de un ser a otro ser, no de un sujeto con un objeto. Este conocer es el que fundamenta la “visión religiosa del mundo”. Al examinar el pensamiento de Buber podremos entender que hay que entenderlo en este sentido, no en el filosófico, tal como él lo caracteriza. Ya a una avanzada edad afirmaba el pensador judío: “Yo no tengo una doctrina. Sólo muestro algo. Muestro realidad, muestro algo en la realidad, algo que no es visto o es poco visto. A quien me escucha lo tomo de la mano y lo conduzco a la ventana; abro la ventana de par en par y le muestro lo que está fuera. Yo no tengo una doctrina, pero conduzco al diálogo”.

Dialogar con el “Tú”

Buber conduce al diálogo, con nuestros semejantes, con “las cosas y animales”, en la medida en que llegan a ser un Tú para nosotros, y también con Dios. A quien se refiere como al “Tú absoluto” y a quien debemos dirigirnos, según afirma, de la misma manera que lo haríamos con un amigo, un familiar o un niño, y no con un tratamiento específico reservado a Dios. No son el centro las teorías, sino el Tú viviente.

Buber abre una ventana al mundo del Tú. Es una relación que, en el momento en que se presenta, pide exclusividad. Entonces se llena nuestro mundo. En ese momento no existe otra, a no ser la relación con el Tú absoluto, la más importante, pero no es excluyente, dado que todas las líneas de relación Yo-Tú convergen en el Tú absoluto. El tú se experimente más como unidad viva que como objeto que se puede utilizar y analizar.

Resulta significativo de ese encuentro vivo el reto que Buber plantea a los terapeutas profesionales. Con ocasión de un homenaje al psicoterapeuta Hans Trüb, Buber destacaba como una cualidad importante de este amigo suyo el hecho de haber advertido la especial paradoja que enfrentan quienes practican una "profesión espiritual". El poder tomar conciencia, en medio de su praxis, de que, por una parte, el paciente que acude a ellos es una persona cuya situación existencial demanda del acercamiento a "su problemática" desde un saber especializado, del que el terapeuta busca echar mano y en el cual ha buscado cualificarse. Pero a su vez, el terapeuta atento podrá advertir que ese paciente que lo busca para clarificar su vida y poder sanar obliga al terapeuta ponerse por encima de su saber profesional para que acontezca el encuentro real en el que el paciente se expone en su labilidad, en la desnudez de sus enfermedades psíquicas, en el caos y en el abismo, tal vez, en el que se siente envuelto.

Buber pondera la especial capacidad del terapeuta que, interpelado por esa persona, advierte que en ese encuentro "un abismo llama a otro abismo". No en el sentido de quien busca la seguridad de una acción confiable bajo las directrices de una doctrina y de un ejercicio bien estructurado, sino del llamado que el terapeuta experimenta a su persona, en la que él mismo puede reconocer sus propios demonios, su propio tener que estar luchando con las fuerzas que mueven a la división y al caos interior. Es un llamado al encuentro, del mundo interior de uno con el del otro. El Yo del terapeuta se ve compelido a responder como un Tú. En él, el terapeuta es quizá quien, en virtud de una lucha por la que quizá habrá logrado una mayor seguridad, es capaz de correr el riesgo de andar el camino de un Yo frente a un Tú a quien, más allá de la seguridad de su saber profesional, del psicologismo, de la supuesta superioridad que le da su conocimiento, se expone a que acontezca el encuentro, y en ese encuentro, mejor dicho, desde él, se hace capaz de decir una palabra que toca la existencia del Tú y, por la gracia del encuentro, es capaz de sanarla.

Esta invitación de Buber a toda praxis terapéutica recuerda, por lo demás, lo que debió ocurrir con todos los enfermos que acudieron al rabí de Nazareth, con la actitud de aquel centurión que, sintiéndose indigno, reconocía en que "una sola palabra" salida de sus labios bastaría para devolver la salud de uno de los miembros de sus huestes.